

silla que lo había puesto en la grave contingencia de ser desollado vivo.

Luego que el ruido de las pisadas de Gil se perdió en el hueco silencioso de la escalera, el comandante cruzó los brazos sobre el pecho, y comenzó á pasearse de un extremo á otro de la habitación, lanzando de tiempo en tiempo súspiros tempestuosos. De vez en cuando se detenía pensativo, atusaba sus largos bigotes, y fruncía el entrecejo. Últimamente, cogió una carta abierta que había sobre la mesilla de noche, se acercó al postigo del balcón, y empezó á leerla.

CAPÍTULO IX.

Espionaje.

Antes que el comandante terminara la carta que tenía en la mano, fué sorprendido por una detonación que resonó en la habitación inmediata, semejante al estampido de un arma de fuego. Alzó los ojos y miró tranquilamente á su alrededor, arqueando sus grandes y pobladas cejas, que casi se unían en el nacimiento de la nariz, y frunciendo la boca en señal de que no atinaba con la causa de aquel estrépito.

Sobre la chimenea del comedor se hallaba la caja de las pistolas; pero no era posible que se hubieran disparado por sí mismas; en cuanto á las escopetas, era más imposible todavía, en razón á que no estaban cargadas; y por lo que hace al revólver, inmóvil sobre la mesilla de noche, conservaba en su tambor de acero los seis tiros intactos de que se hallaba provisto.

Sin embargo, el comandante había oído en el momento de la explosión algo semejante al choque del proyectil que rebota en las paredes. Para salir de dudas, cruzó la pieza inmediata y entró en el

comedor. Su primer movimiento fué arrojarle sobre la mesa y soplar vigorosamente, exclamando después:

—¡ Ah tunante!.... Esta es la segunda que me haces hoy.

Gil había tenido la imprevisión de no advertir á su amo que la maquinilla de hacer café quedaba ardiendo sobre la mesa; y ¡es claro! el vapor contenido dentro del recipiente no quiso esperar más tiempo, y buscó salida, haciendo saltar con impaciente violencia el tapón de corcho que le cerraba el paso.

Este accidente recordó al comandante su costumbre de preparar el estómago con una gran taza de café, á la cual seguía su correspondiente copa de ron, despertando de esta manera el apetito, para hacerle después al almuerzo los honores debidos.

El café, el ron y el tabaco son tres amigos inseparables; el que conoce á uno de ellos, acaba por intimar estrechamente con los dos restantes.

Café puro, ron de la Jamaica y tabaco habano, son tres elementos de felicidad que han venido del otro mundo para hacernos dichosos en este. ¿Qué sería sin café, sin ron y sin tabaco del soberbio festín de Baltasar á que nos convida la moderna Babilonia?....

El comandante dispuso de nuevo la máquina, llenó de ron de color de ópalo una copa trasparente de cristal tallado, y mientras el agua hervía en el seno del recipiente recogiendo la esencia succulenta del café, se entretuvo en cargar el ahumado vaso de la pipa con repetidas capas de sustancioso tabaco.

Cualesquiera que fuesen las inquietudes ocultas del comandante, no por eso dejaba de darse buena vida, proporcionándose las satisfacciones posibles

por lo que hacía á las exigencias de su paladar, si hemos de inferirlo por el triple perfume del café, del tabaco y del ron, que á la vez se escapaba de la taza, de la pipa y de la copa.

Sorbía á grandes tragos el delicioso brebaje que humeaba en la taza, saboreaba en ligeras libaciones el trasparente licor que brillaba en la copa, y extraía de la boquilla de ámbar de su pipa largas bocanadas de humo azul, que se extendían sobre su cabeza en indolentes y caprichosas ondulaciones.

Sentado en el sillón de vaqueta, paladeaba las últimas gotas de ron, cuando hirió sus oídos el eco de una voz de hermoso timbre; que no lejos de allí cantaba; eco armonioso que lo dejó suspenso, pendiente de la voz, como si no quisiera perder ni una nota de aquel canto.

Se comprende perfectamente que un músico hubiera experimentado admiración y sorpresa al oír las cadencias de tan afinado instrumento, porque la voz era fresca, pastosa y brillante, y en el estilo dejaba traslucir un gusto exquisito; pero el comandante no entendía nada de esto; jamás había comprendido las bellezas de la música, ni había mostrado empeño por comprenderlas; la banda de trompetas de su regimiento y las detonaciones de la artillería eran las únicas notas musicales que encontraban eco en sus oídos.

No obstante: aquel acento hacía vibrar alguna cuerda oculta en el fondo de su pecho, porque se puso de pie, dejó la copa sobre la mesa, y se deslizó suavemente hacia la habitación contigua en dirección al dormitorio, en pos de la voz que seguía cantando.

Enfrente de la cama, y en la pared opuesta á la del balcón, había una puerta de escape, que debía

comunicar con las habitaciones interiores de la casa, y al otro lado de esta puerta sonaba el canto, y ante ella se detuvo el hermano de la viuda, después de poner la mano sobre el picaporte de hierro que la cerraba. Muy suavemente oprimió la puerta, que, después de oponerle una débil resistencia, gimió al abrirse.

Entonces se sintió inundado por una bocanada de aire fresco, en cuya onda fugitiva se respiraban todos los perfumes de la primavera, y aspirándola con ansia, salió cautelosamente á un ancho corredor con barandal de madera, que servía de comunicación entre los dos ángulos posteriores de la casa.

Este corredor se hallaba cubierto en parte por la doble cortina de una enredadera que, trepando desde el corral que separaba la casa de la viuda de la casa de su hermano, tejía con incansable empeño su movable cortinaje de vástagos, de hojas y de flores, cubriendo el hueco del corredor, como si intentara cerrar el paso á las miradas indiscretas.

Indudablemente el comandante no quería ser visto, pues se colocó detrás de la enredadera en el punto en que era más espeso el tejido de las hojas, y allí, al través de los vástagos que se cruzaban caprichosamente delante de sus ojos, lanzó la mirada.

Hemos llamado corral al terreno interpuesto entre las dos casas; pero, en honor de la verdad, merecía el nombre de jardín. Las tapias laterales desaparecían bajo el manto de dos rosales del Borneo, que, frente á frente uno del otro, tendían sus menudas hojas y abrían sus multiplicadas flores en noble competencia. Á uno y otro lado de la puerta, y sombreando las ventanas, habían nacido dos jazmineros, que tendían ufanos sus hojas de seda y sus flores de nácar.

Los cuatro ángulos se hallaban ocupados por cuatro tiestos de barro encarnado, sobre los que se erguían cuatro ramos de azucenas como cuatro estatuas. Dobles hileras de macetas formando calles presentaban á la vista y al olfato variedad interminable de formas, de colores y de perfumes. En el centro levantaba su pomposa copa un limonero que empezaba á respirar el aura de la vida, y á su sombra brillaba un espejo de agua encerrado en su marco de piedra, en cuyo fondo se veían nadar peces de colores, pues hacía las veces de estanque una gran pila empotrada en la tierra.

Tal era el cuadro que el comandante sondeó con sus ojos al lanzar la mirada al través de la enredadera.

La voz que cantaba se detuvo antes de terminar la frase que modulaba, y prorumpió en una armoniosa carcajada, hilaridad intempestiva, que hizo fruncir el entrecejo al comandante, sin duda alguna poco satisfecho del efecto que le producía: tal vez creyó que había sido sorprendida su presencia, y que era objeto de burla; mas semejante suspicacia carecía de todo fundamento, porque la causa de aquella interrupción y de aquella risa era bien diversa.

Rosalía, que regaba las plantas y las flores de su pequeño jardín, era la que, animada por esa íntima alegría que despiertan en el alma la juventud y la primavera, daba en las melodiosas notas de su canto franca salida á las secretas y misteriosas emociones que sentía. Cantaba como cantan los pájaros, como brilla la luz, como ondea el agua, sin pensar en ello.

De una de las ramas del limonero pendía la jaula del mirlo, y el pájaro, siguiendo con atento oído el canto, daba de tiempo en tiempo notas acordes, que

revelaban el instinto musical con que la naturaleza ha dotado á los mirlos. Esta segunda voz formaba una especie de acompañamiento. De pronto la frase caía en una salida imprevista, verdadero capricho del compositor, y el mirlo, sorprendido por aquel cambio de tono inesperado, prorumpió en una nota en falso. Esta desafinación fué la que produjo la carcajada de Rosalía.

El comandante, fijo en ella, espiaba todos sus movimientos con visible complacencia; parecía absorto en la contemplación de aquella criatura movable y risueña, que iba y venía entre las flores que brotaban de las macetas, inconstante y ligera como una mariposa.

Una bata de percal blanco sembrado de pequeños lunares de color de púrpura, bajaba de sus hombros en graciosos pliegues, y ciñéndose á la cintura por medio de una cinta de la misma tela, marcaba los flexibles contornos del talle, dejando adivinar la pureza de líneas de un bello dibujo. La garganta, desnuda, brillaba con ese tornasol con que iluminan la tez aterciopelada de las mujeres morenas los ardientes rayos del sol del mediodía, mientras los rizos negros, abandonados á sus naturales ondas, vagaban copiosos alrededor de la frente, bajo la que resplandecía el iris magnífico de sus ojos, del mismo modo que resplandecen las estrellas en la sombra espaciosa de la noche, realzando la suave claridad de las mejillas, frescas por la juventud y sonrosadas por la alegría.

Verdaderamente la mirada de un artista, de un simple aficionado á saborear los atractivos del arte, habría recogido uno por uno todos los pormenores de tan gracioso conjunto, examinándolos con la atención minuciosa de una estética más ó menos subli-

me; pero el comandante no había experimentado jamás la felicidad de las impresiones artísticas. Se reía de los poetas que pintan, de los poetas que esculpen y de los poetas que escriben, como el gran Napoleón se burlaba de los ideólogos; sobre todos los museos artísticos del mundo, estaba para él el Museo de artillería. Su entendimiento, poco delicado, poco sensible, no percibía las bellezas del arte; el mejor lienzo de Rafael, de Rubens, de Velázquez ó de Murillo, lo habría cambiado sin vacilar por cualquier lienzo de muralla; ante la catedral de Burgos se encogía de hombros, mientras sonreía de satisfacción contemplando las troneras de los reductos por donde asoman las bocas salvajes de los cañones; la misma cúpula de San Pedro no ofrecía encanto alguno á sus ojos, pareciéndole muy superior el castillo de Monjuich.

Como Omar incendió la Biblioteca de Alejandría, habría él arrasado los más bellos monumentos para probar al mundo la precisión rigurosa de su puntería.

Sin duda alguna se decía á sí mismo :

«Para estatua, la del centinela que pasea el fusil delante de la puerta del cuartel.... Para arte.... ¡bah!.... el arte de la guerra.»

Pues bien: esta naturaleza antiartística, movida por un corazón duro y áspero como el casco de una bomba, contemplaba con amorosa complacencia los rasgos delicados, los contornos graciosos, las líneas movibles, la luz y la sombra que se destacaban en la persona de Rosalía, como si aspirara, digámoslo así, el puro aticismo de su esbelta figura.

Detrás, y al través de las ramas entrelazadas de la enredadera, el comandante seguía espiando á su sobrina con esa avidez silenciosa y cauta con que el

gato sigue los movimientos del pájaro que salta delante de sus ojos codiciosos.

Nada más lejos del ánimo de Rosalía que el atento espionaje de que era objeto; se creía libre de toda mirada curiosa y de toda observación impertinente, y se entregaba al abandono que la soledad discreta nos consiente y la sociedad severa nos prohíbe.

Los más ocultos pensamientos de su alma se dibujaban en la ingenuidad de su semblante, seguros de que nadie viniera á sorprenderlos.

La admiración que le causaban los vivos matices, los gallardos ramos y las frescas corolas de las flores, demostraban las inclinaciones de su gusto hacia estas delicadas obras de la naturaleza, á quien Dios infunde el divino secreto del arte supremo.

En este pequeño mundo, encerrado entre cuatro paredes, se puede decir que vivía su alma. Acaso encontraba cierta relación misteriosa entre aquellas flores y sus propios pensamientos; tal vez se presentaban á sus ojos como imágenes risueñas de sus esperanzas, de sus deseos y de sus ilusiones.

Con una regadera de metal blanco, que brillaba como un jarrón de plata, fué rociando una á una las macetas, hasta dar una vuelta alrededor del pequeño jardín, y luego se acercó al estanque de los peces, que saltaron inquietos al ver la imagen de Rosalía dibujarse en el fondo del agua.

Esta visita era, por lo visto, esperada, pues todos subieron á la superficie como para recibirla, cubriendo las ondas tranquilas del estanque con relámpagos de todos colores.

Entonces la hija de la viuda recogió sobre el hombro derecho la ancha manga de la bata, y descubrió un brazo fino, redondo y nervioso, cuya piel suave resplandecía como la seda.

En aquel momento debió cruzar por la altura de las tapias del jardín alguna ráfaga de aire fugitivo, porque la enredadera que cubría el hueco del corredor se estremeció ligeramente.

Rosalía sumergió la mano en el agua, y los peces, asustados, huyeron; mas poco á poco, dando muchas vueltas, se fueron acercando, hasta morder las migas de pan que aquella mano de niña les ofrecía. Los peces saltaban por encima, disputándose la posesión del cebo apetecido.

Un pez amarillo y negro como los paños fúnebres, más impaciente que los demás, se lanzó sobre la mano; pero al sentir el contacto de los dedos de Rosalía, sacudió con violencia su cola de dos puntas, y desapareció en el fondo del estanque, haciendo que las migas de pan flotaran libres sobre el agua.

Si los peces tuvieran voz, habrían prorumpido en aquel momento en un grito de triunfo; y si, como los hombres, pudieran comprender el valor de las grandes hazañas, el pez negro y amarillo hubiera sido proclamado héroe y ceñida su frente con el laurel de la victoria; pero, por de pronto, sólo pensaron en aprovecharse de los beneficios de aquella audacia afortunada, entrando á saco en el pan como en país conquistado.

Rosalía se alejó del estanque, andando con lentitud majestuosa, y se dirigió hacia un clavel magnífico que abría ufano sus hojas de color de fuego. Sin duda era esta flor gallarda la flor favorita de la hija de la viuda, pues acercó á ella los labios frescos y sonrosados, para aspirar su perfume ó para besarla.

Bajo la sombra de la parra, y en el umbral de la puerta, se sentó sobre un taburete de tapicería que

ella misma había bordado, y colocando sobre las rodillas un pequeño costurero, enhebró la aguja, y comenzó su diaria tarea, si no precisamente triste, por lo menos pensativa.

Se hallaba colocada de manera que el comandante la veía de frente, y pudo observar la tierna vehemencia con que de vez en cuando alzaba los ojos al cielo, y pudo percibir las dilataciones de su pecho hinchado por los suspiros.

Hay una edad, llena de misteriosas sensaciones, en que el corazón de las mujeres pasa fácilmente de la alegría á la tristeza, y de la tristeza á la alegría.

La psicología, que pretende sorprender el secreto en que se ocultan las relaciones que existen entre el espíritu y la materia, nos haría sobre este punto una disertación probablemente indigesta, mas no por eso menos pretenciosa. Nosotros, que no aspiramos á tanta sabiduría, y que tenemos por peligroso el empeño de penetrar en el fondo de aquellas cosas que Dios ha velado á la mirada del hombre, debemos contentarnos con exponer el fenómeno, sin caer en la tentación de perdernos en las oscuridades de la sustancia.

La misma Rosalía no acertaría á explicarnos estos secretos cambios de su espíritu, estas transformaciones de su pensamiento, esta luz y esta sombra de su alma.

Por lo que hace al comandante, no es de presumir que buscara en las regiones de la filosofía la explicación de lo que estaba viendo; pero, sea como quiera, miraba, no con asombro, sino con curiosidad, con la curiosidad del astrónomo que observa el movimiento de un astro, descubriendo en su curso un rumbo previsto, como si el corazón de Rosalía, vagando en el espacio de las ilusiones y de los

deseos, empezara á girar dentro de su propia órbita alrededor del centro atractivo de su íntimo pensamiento.

No presentaba la fisonomía del comandante ningún rasgo que advirtiera la existencia dentro de su cabeza de un espíritu pensador; pero en el momento en que lo hallamos, daba inequívocas señales de absorta preocupación. Miraba á su sobrina como quien comprueba la exactitud de un cálculo, y parecía satisfecho del éxito de sus observaciones. Su semblante demostraba poco más ó menos la emoción de un jefe de emboscada que distingue los movimientos desprevenidos del enemigo que se acerca.

Por los detalles que dejamos apuntados, y por otros que antes tendría recogidos el comandante, habría hecho su composición de lugar respecto á su sobrina, pues indudablemente proyectaba algo acerca de ella; si no, sería inexplicable este extraño espionaje.

Rosalía continuó cosiendo, y el comandante observando.

—Bien (dijo este último, hablando consigo mismo, como quien hace el resumen de sus observaciones). La pieza está cargada, la pólvora es fina y de una gran fuerza expansiva, no hay más que aplicar la mecha, y la explosión es segura. Esa naturaleza (añadió) empieza á sentir que la sangre arde en sus venas; sus deseos no han adquirido aún la realidad que buscan; esto es, el proyectil lanzado corre el espacio sin encontrar el blanco. Estamos en el momento crítico. La niña empieza á sentir que es mujer.... ¡Bah!.... Ya era tiempo.

Puesto este corolario como término á sus consideraciones, se cruzó de brazos, é inclinando la cabeza sobre el pecho, parecía, dadas sus inclinaciones

militares, que combinaba los términos de algún plan estratégico.

Salvas algunas diferencias, podía compararse su actitud meditabunda á aquel aire reflexivo con que nos pintan á Napoleón pasando los Alpes.

El genio militar del César francés iba meditando la conquista de Europa y la dominación del mundo. ¿En qué conquista pensaba este oficial de artillería en el solitario corredor de su desierta casa? ¿Á qué dominación aspiraba?

Por lo visto, la imaginación le presentó como la cosa más fácil del mundo la realidad de sus propósitos, porque, restregándose las manos una contra otra, dejó ver la satisfacción interior de que se hallaba poseído su ánimo; y las asperezas de la expresión habitual de su rostro aparecieron iluminadas por los reflejos de la alegría.

De pronto hizo un movimiento; se volvió rápidamente sobre la derecha, y alzando el brazo en toda su extensión y mostrando el puño cerrado, lo agitó en el aire como una maza, decidido á lanzar una soberbia puñada, ni más ni menos que si se viera súbitamente acometido por un terrible adversario.

CAPÍTULO X.

La confesión.

Antes que el puño del comandante asestara el golpe con que amenazaba, Gil, cuya figura se dibujaba en el marco de la puerta, hizo frente á la puñada que se le venía encima, cuadrándose, y diciendo:

—Señor, ahí está el *carcunda*.

El puño se detuvo sobre su cabeza, y los ojos del fiero comandante expresaron la duda que le causaban las palabras del soldado, y éste añadió:

—Digo que ahí está el señor cura.

—¡Ah, sí! (exclamó bajando el brazo, y como quien recuerda una cosa olvidada); pero, bribón, ¿cómo has tardado tanto tiempo?

—No he gastado más tiempo que el necesario para llegar á la mitad del camino.

—¿Entonces, quiere decir que no has ido al monasterio?

—No.

—¿Por qué?

—Porque el P. Antonio se opuso á ello.

—¿De qué manera?

—Saliéndome al paso en el camino.

—¿Venía?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO